

# ABUELOS

**Por Celia Asencio Bonilla**

## Capítulo 1. Antonio. Pensamientos y sueños

¡El autobús va tan rápido!...

- ¡María! ¿Estás bien? Ven, quédate a mi lado. Ten cuidado, no te vayas a caer. Quisiera comentarte una cosa: es mejor que aquello que dijimos de hacer hoy, lo hagamos mañana. Yo me encuentro muy cansado hoy, ¿vale? ¡Ay! Este autobús va demasiado rápido, ¿María? ¿Me escuchas? ¿Dónde estás?
- Antonio, ya voy –María, con un peinado a la antigua usanza y teñido de color castaño, a sus ochenta y cinco, corre hacia el salón– Antonio, ¿qué quieres hijo mío?
- El chófer conduce muy rápido, te lo digo yo, es mejor que te sientes aquí.
- Bueno, bueno. No te preocupes, yo me voy para la cocina. Antonio, es que tengo que hacer la comida y no me puedo parar. De verdad.

¡Bah! Esta mujer siempre igual. Se piensa que estoy loco. Cualquiera día de estos me voy a ir. No, si es que... Toda la vida aguantando órdenes y encima a uno no le toman enserio. ¿Qué será eso que viene por allí? ¿Un perro? Este hombre, como corra más, lo va a atropellar. ¡Venga, perro, quítate de ahí! Hoy me duelen las piernas, no sé qué pasa, no me puedo levantar bien. Vaya por Dios... Tendré que esperar hasta mañana, aunque, claro, yo tenía pensado ir al centro hoy a comprar los cupones. Será mejor que coja el coche.

- ¡María! ¿Dónde están las llaves de casa? ¿Y las del coche? Que me tengo que ir un momentito...

Esta mujer nunca me escucha, no sé qué estará haciendo, si es que este auto...  
(Ronquidos).

*Las taquillas de la estación de tren estaban llenas de gente. Al fondo, la oficina del inspector jefe. Antonio, que ocupa ese cargo, mira papeles y escribe mientras pone orden en su mesa. Llaman a la puerta.*

*-¿Sí? ¡Pasa!*

*- Inspector, me han dicho que ha habido un problema con las cuentas de esta semana.*

- Sí. No cuadran, habrá que averiguar quién ha metido la mano, esto no puede ser.

- Sí, inspector.

- Llevas sólo una semana, ¿no?

-Sí, me incorporé el lunes.

- Bien. Llámame Antonio mejor. ¿De acuerdo? Y ahora voy a salir a ver cómo están las cosas.

*Antonio anda de un lado para otro, de la cafetería a las vías y de las vías a las oficinas. Todo en orden, pensó. Pero justo en ese mismo momento, una mano toca su hombro y entonces se da media vuelta y toda la estación empieza a desvanecerse en la oscuridad, desaparece y...*

- Antonio, perdona que le despierte pero tengo que cambiarle el pañal, lleva con él muchas horas, desde esta mañana y dentro de nada vamos a comer.
- ¿Qué pañal?
- El que le puse esta mañana, ¿se acuerda?
- Aquí hay mucha gente, no puedo cambiarme.
- Si lo prefiere le cambio en el cuarto.
- Será mejor.

Ahí viene María, seguro que nos ha escuchado y viene a preguntarme lo evidente. Si es que la conozco como si la hubiera parido.

- ¿No quiere cambiarse en el salón?
- No, prefiere aquí.
- ¿Ya estamos? Pero si el salón está vacío.
- ¡María! –grita Antonio– No quieras convencerme de lo que veo.
- Bueno, bueno, no te enfades Antonio. Yo sigo con la comida.

Aquí todo el mundo piensa que estoy loco. ¡Esto es grande! ¡Es que parece mentira! Encima aguantando que nadie me quiera decir dónde estamos. Si yo lo que quiero es descansar un rato en mi casa, yo aquí no puedo seguir. Bueno, es la hora de comer, claro, después le digo a María que yo de aquí me voy. Si hace falta me voy solo, pero es que esta no es mi casa. ¿Dónde están mis cosas? ¿Y yo porque tengo que

soportar que me estén llevando y trayendo todo el santo día? Si es que... He sido inspector jefe para nada. Y mira que me jubilé hace poco. Ya no me acuerdo, tampoco recuerdo en qué año estamos. Mejor ni lo pregunto, porque como lo pregunte... La tenemos. Ahora sí que todos van a pensar que me he vuelto loco, pero loco de verdad, ¡de remate! Estoy harto. (Suena el teléfono del salón).

- ¿Sí? ¿Encarnita?
- Mamá, qué pasa, ¿cómo está papá?
- Ahí sigue, tú sabes, lo de siempre, ¡qué le vamos hacer!
- Ya, bueno, ¿está hoy más tranquilo?
- Sí, para qué quejarnos, sus cosas, hija... ¡Ay, qué pena!
- Mamá, tú no te preocupes, ¿vale? Mañana vamos a dar una vuelta y te despejas, tienes que mover las piernas.
- Ah, no, no. Tengo muchas cosas que hacer, de verdad, si es que no tengo ánimos, mira tu padre cómo está y... No sé. ¡Encarna, yo no sé! Mañana te digo.
- No, de eso nada. Mañana te recojo, que para eso hemos contratado a Gerardo, para que tú también puedas tener vida, ¿de acuerdo?

Ya están ahí hablando como si yo no me enterara de nada. Esta mujer lo que charla. Y la misma retahíla de siempre, que si esto, que si lo otro... Bah. Tonterías. Y yo aquí, aguantando el chaparrón. Por cierto, se me olvidaba a mí que quizás mañana tengamos que estar en el pueblo, tengo que recoger algunas cosas. Podemos salir temprano, a esa hora no hay tráfico, luego lo propongo, pero seguro que me dice que no. La conoceré yo... A ver qué excusa me pone. No sé qué me pasa, la verdad, estoy de mal humor. Son muchas cosas.

- ¡Venga! Ya mismo comemos, Antonio. ¿Vale? –Gerardo pone la mesa y María ultima las cosas de la cocina–.
- De acuerdo. ¿Me traes un vasito de vino?
- Sí, claro.

Voy a poner la tele, a ver qué se cuece. Aunque está el mundo que da pena, en mi época esto no pasaba, ya te lo digo yo. Espero que María no se queje de que me vaya a beber el tinto del mediodía, encima de que uno está viejo, lo que me faltaba por oír. ¡Ah! Pues no, mira, ahí me trae Gerardo el vasito.

- Aquí tiene, Antonio.

El mando este no funciona bien, no tiene sentido. ¿O soy yo el que no veo bien? ¡Qué bueno está el vino! Hoy estoy muy cansado, se me cierran los ojos...

*Calañas, un pueblo de Huelva, en el Andévalo de la provincia. En una casita cerca de El Real, el paseo principal del pueblo, Antonio y María están sentados en el salón, con la persiana bajada, ya que el calor es agotador y entra fuerte por las ventanas. La tele encendida, los nietos pequeños y los hijos no tan mayores. Todos sentados allí, a veces los niños corrían por el pasillo y las escaleras.*

- ¡Niños! ¡No corráis que os vais a caer! Además, es la hora de la siesta.
- ¡Francisco y Celia! ¡Venid aquí! Ya está bien, hombre –grita María–.
- María, yo me voy a subir un rato a descansar.
- Está bien, pero luego quiero ir a misa, así que los niños se quedarán contigo.
- Vale, ahora bajo en un rato.

*Antonio sube las escaleras con su jarra de agua, pero la oscuridad vuelve aparecer en pantalla... Vaya qué raro, pensó.*

- ¡Hola abuela!
- Qué pasa, Julito. Qué bien que hayas venido, ¿te preparo un café?
- Abuela, no hace falta, yo puedo preparármelo solo.
- No, es que tú no entiendes la cocina.
- Abuela, que soy mayorcito.
- Bueno, yo te lo preparo, que a mí no me importa.
- ¡Hola abuelo! Te doy un beso, que no te lo he dado todavía, ¿estabas durmiendo?
- No, no, sólo descansaba con los ojos cerrados.
- Yo creo que roncabas, je, je.
- ¡Qué no, hombre! Te lo digo yo.

Qué raro que estemos aquí, no sé cómo habré llegado hasta este sitio. Si estábamos en el pueblo y yo iba a... ¿A qué iba? Se me van las cosas de la cabeza, ¡ay qué ver! Si es que yo no sé porqué nadie me ha comentado que nos fuimos de casa hace ya un rato. ¿Y María a dónde va a ir a preparar el café? Para eso estamos en un restaurante, que vengan los camareros.

- María, para qué vas a ir tú a preparar el café, que vengan los camareros ¿no? Que para eso hemos pagado, leches.
- Bueno, Antonio, yo voy que así es mejor, ¿vale?
- Pero si es que es de lógica...

Y se va, esta mujer se va, nunca me hace caso. Que se quede aquí a mi lado, hombre, que yo no sé ni dónde estoy, no sé da cuenta. Esta mujer no se da cuenta.

- ¡Niña! ¿Dónde vas, María? ¡Quédate aquí!
- Abuelito, es mejor que vaya la abuela, las camareras tardan mucho, ¿verdad, Gerardo?
- Sí, Antonio. Tardan demasiado.
- Bueno, si lo decís vosotros...

Esto es muy raro. Pero... Es que me cuesta identificar el sitio. No sé, allí veo gente, montones de personas y montones de niños. No reconozco a nadie. Y nos movemos también.

- ¿A dónde vamos, niño?
- Abuelo, de momento aquí.
- No, esto se mueve, no soy tonto.
- Ah, bueno, es que el conductor quizás quiera arrancar ya.
- Avisa a tu abuela.

Si yo lo que quiero es irme de aquí. Irme a casa, allá abajo y descansar, estar tranquilo un rato. Ya estoy mayor, me duelen las piernas, esta mañana anduve demasiado por El Real. Echo de menos a tanta gente que ya no sé ni a quién conozco. Aunque no hace mucho que vi a Pedro. Creo que nos vimos ayer... ¡Ay! Si es que no me acuerdo bien. Maldita memoria, pero esta gente que no se entere, que no soy un loco ni un enfermo, ¡coño! Ya está bien, como si no supiera que esta no es mi casa y que me quieren entretener.

- Abuelo, ¿cómo estás hoy?
- Bien, bien. Esta mañana estuve haciendo cosas aquí en el pueblo.
- ¿Ah, sí? Aquí en Jerez, ¿no?
- No. En el pueblo, ¿o dónde estamos si no?
- ¿Y qué hiciste?

- Nada importante, algunas compras.
- Vale –Julito y Gerardo se cruzan miradas cómplices, lo han aceptado– ¿Quieres café abuelo?
- Sí, y unas galletitas.

## Capítulo 2. Conversaciones con el abuelo

- Yo estuve en los campamentos del Frente de Juventudes, que pertenecía a la Falange Española Tradicionalista y de las JONS. No iba todos los veranos, según si mis padres me dejaban o no.
- ¿Era un campamento elitista, abuelo?
- ¿Elitista? No, era para todo aquel que era afiliado al Frente de Juventudes. En mi pueblo se afiliaban a puñados.
- ¿Sí?
- Claro, nos ofrecían ir a la sierra de balde, no se pagaba nada, a pasárnoslo bien veinte días, lógicamente todo el mundo quería participar.
- ¿Y tu padre qué decía?
- A él le daba igual, él sabía que íbamos bien protegidos.
- ¿Os daban charlas?
- No, charlas no. Hacíamos gimnasia, carreras... Charlas políticas ni una.
- ¿Y tu padre era republicano?
- Mi padre no era de ninguna clase, era apolítico total.
- ¿Y cómo se puede ser apolítico?
- Pues siéndolo, hija mía. Si no querías meterte en política y tener problemas, no había más remedio. Meterse en política es lo... Me voy a callar.
- Dilo, abuelo, no pasa nada.
- Lo más rastrero que hay. La política es lo más rastrero que el hombre ha puesto sobre la tierra y da igual el partido, sea el que sea.
- Pero yo me refería, abuelo, a la ideología.
- ¿Ideología? No, en España siempre ha habido muy poca ideología, más bien la cosa siempre ha sido de creer en partidos políticos. Mi padre y yo no hablábamos de estas cosas.
- ¿Tu padre nunca te habló de nada?

- No, nunca.
- ¿Y tu madre?
- Mi madre estaba enferma ya. Y murió.
- Me acuerdo una vez que me contaste que a un tío tuyo lo mataron.
- Ah, sí, a mi tío Luís, el más pequeño.
- ¿Tú viste lo que pasó?
- No, delante de los niños no se hacían esas cosas. El problema fue que *el Luís* era de izquierdas, yo no tengo nada en contra de eso, pero la izquierda tenía un problema en aquella época: el noventa y cinco por ciento era analfabeto. Pegaban tiros sin saber para qué.
- Entonces, tu madre nunca te explicó aquello ni te habló de eso.
- No, ni mi madre ni mis tías. El porqué no lo supimos nunca. Entonces la gente no quería saber de política. Sabíamos que aquel que pertenecía a partidos de izquierdas lo fusilaban, se daba una orden y ya está.
- ¿Y tu hermano Juan te hablaba de política?
- No, si es que mi hermano y yo sólo pertenecemos al Frente de Juventudes por pasar un mes a tutiplén, pero nada más que eso.
- ¿Y tú alguna vez les has hablado de política a tus hijos?
- Yo jamás. Yo me atengo al himno de la Legión: *Cada uno será lo que quiera, nada importa su vida anterior.*

### Capítulo 3. María en voz alta.

Este hombre no para de llamarme, yo no sé qué querrá. Aquí todo el mundo tiene su vida, y yo aquí, sin poder ir al pueblo este año. ¿Cómo le ha podido pasar esto a Antonio? Si es que... Lo miro y no es el de siempre. Parece mentira que el tiempo haya corrido tanto, no me lo creo. No puedo creérmelo. ¡Ay! ¡Qué se me queman las lentes! Si es que no estoy en lo que tengo que estar. ¿Dónde decía que iba Pepa mañana? Si es que no me acuerdo, luego dicen que pregunto demasiado. Pero bueno, al menos aún tengo las piernas en movimiento y la sangre me riega bien el cerebro. No puedo creer que tenga ochenta y seis años dentro de nada, a veces me siento tan triste... No sé. Es que Antonio me tiene muy preocupada, este hombre con esas visiones. La gente no es consciente de lo que hay aquí. Echo tanto de menos a mi marido... El de siempre, mi Antonio. Nadie me entiende, esto es muy duro. Que sí, que sí, que ya sé que todos me



dicen que hemos disfrutado todo lo que hemos querido, pero eso no tiene nada que ver. Sigue siendo duro.

Debería ir a tender la ropa. ¡Qué de cosas! Y también hoy podríamos tomar un *gazpachito* fresquito, que hace mucho calor. ¡Ay! ¡Mira! Si el vestido que buscaba está aquí... Pero esto yo ya no me lo pongo, este año no voy a ir a la celebración de la Virgen de Coronada. Una pena, quizás en otra vida. Y hoy viene Paco y Elisa hasta el domingo, debería de preparar las camas. No les he preguntado qué quieren de comer. Hago, por ejemplo, un pollo asado o pescado frito, ya veremos. ¡Antonio!... Ahora no me contesta, estará dormido, yo no sé si habrá que cambiarlo o no, al menos ahora está tranquilo. No sé qué pensará esa cabecita, si es que... ¡Madre día! Menos mal que le rezo todos los días a Dios y a mi familia para que nos proteja. Cómo estaréis por allí arriba, cada día pienso en vosotros, pero no puedo quejarme, tengo a todos mis hijos vivos y cerca de mí. ¡Uy! ¡Las lentejas! También voy hacer una ensalada y esta noche para cenar sopa y queso fresco. ¡Qué de cosas! ¿Me lo he dicho ya?

Por no hablar de que tengo que llamar a mi hermana Anita. Menos mal que me queda Anita. Tengo tantas ganas de ir al pueblo... Bueno, para otro año, quién sabe. Tengo que estar positiva y centrarme en Antonio y en Jerez. Si Dios lo ha querido así... ¡Uy! No he sacado a descongelar el pollo para mañana... ¡Se me ha olvidado! Si es que se me olvidan muchas cosas, hombre, qué pretenden. Toda la vida cuidando de todos y ahora... Ahora Antonio así, de verdad, no me lo creo. Dios lo ha querido así, su voluntad, qué le vamos hacer. ¡Qué de cosas, madre!

#### Capítulo 4. Conversaciones con la abuela

- Antes nadie se acostaba con nadie. Yo fui bien virgen al altar. No es lo de ahora.
- Ya, abuela, pero tú te casaste en ocho meses, la gente ahora tiene noviazgos largos y algunos ni se casan. El sexo es muy importante antes de comprometerte, ahora se tiene esa oportunidad para saber si te gusta.
- Antes no se sabía qué era el sexo, entonces no te preocupabas por esas cosas. No se podía comparar. Celia, otros tiempos.
- ¿Cómo es que te casaste en ocho meses? ¿No fue muy rápido para la época?
- Rapidísimo, pero tu abuelo vivía en una especie de hostel, no tenía quien le arreglara la ropa y otras cosas y quiso casarse. Vino tu bisabuelo Paco y la

bisabuela Salud, pues como se hacían las cosas antes, y ya está. Yo estaba muy enamorada del abuelo.

- Sí, supongo que tendrías que estarlo, abuela.
- La hermana del abuelo siempre quería venirse al pueblo, le encantaba.
- ¿Se notó la guerra en Calañas?
- Yo era muy chica. Me acuerdo que una vez íbamos Eugenia y yo, ya sabes que Eugenia es como una hermana para mí, andando cerca del cuartel. Y nos encontramos una manifestación con mucha gente con el puño cerrado, y decían algo así como *U-H-P*, nosotras no sabíamos lo que significaba aquello. Y nos metimos dentro del barullo hasta que la hermana de Eugenia nos vio y nos quitó de en medio rápido.
- ¿*U.H.P.*?
- Sí, no me acuerdo bien, gritaban algo así. Los del puño cerrado eran los comunistas, ¿no? Yo no sé, yo no sé qué fue aquello. Es una de las cosas que más me acuerdo si pienso en aquellos años de la guerra, yo era muy chica.
- *Uníos Hermanos Proletarios*, eso significaban esas siglas, abuela.
- Pues eso.
- En tu casa no hubo hambre, ¿no?
- No, mi madre tenía una carnicería en la plaza, ella era la que vendía. Y mi padre todo el día en el campo, con los cochinos y la huerta. Venía mucha gente a comer a mi casa, mi madre le dio a muchas familias que venían a pedir, pasaban hambre. Me acuerdo de que cocinaba puchero, cocido, lentejas...
- Me han contado que tu padre era alcohólico, ¿es eso cierto?
- Mi padre bebía mucho, eso sí. Pero nadie puede decir que no fue un gran trabajador, traía de todo: frutas, chivos, leche...
- Dicen que la abuela Pepa, tu madre, era muy trabajadora.
- ¡Y mi padre! ¡Esto es grande!
- No te sofoques, abuela.
- No, no. Me acuerdo de que yo llevaba morcilla a escondidas para que me la cambiaran por pan. Claro que ahí era yo más mayorcita. Había una cartilla de racionamiento, te daban lo que te pertenecía, pero claro, al llevarles yo carne, me echaban pan de más. Nosotros no pasamos hambre, gracias a Dios. Mi madre ponía un buen cocido con tocino y de todo.

## Capítulo 4. El autobús

Vaya, hombre. Aquí estamos, atrapados. Desde luego, la gota que colma el vaso. Y nos están esperando los amigos allá abajo y María aquí, tan tranquila, hasta se ha quedado dormida. No, si es que... ¡Encima mis piernas no se levantan! ¿Qué pasa hoy con mis piernas? No entiendo nada, que alguien me lo explique. Y el autobús sin andar, aquí parados. ¡Lo que me faltaba!... ¡María! ¡Ala! Y no se despierta. Ya estamos, a esperar como otros días aquí atrapados. Mejor llamamos a alguien. No sé qué puedo hacer.

- Antonio, ¿se encuentra bien? –le pregunta Gerardo sentado en el sillón de enfrente–.
- Sí.

A este le voy a decir yo cómo me encuentro, si total, no me va a decir nada, vamos a seguir aquí atrapados, diga yo lo que diga. No veo al chófer, ¡si es que no lo veo!

- ¿Seguro que estás bien, Antonio?
- Sí, sí. Seguro.

Yo lo que quiero es que María se despierte ya y me explique qué hacemos aquí en la carretera. Mejor llamamos a Encarnita que venga a por nosotros.

- Gerardo, dame el teléfono.
- ¿Y eso, Antonio?
- El mío no funciona y quiero llamar a Encarna a que venga a por nosotros.
- No hace falta, Antonio. Si usted está aquí estupendamente.
- No, no. No te hagas el tonto, estamos aquí en la carretera sin hacer nada, el chófer no arranca.
- Bueno, mire, no se preocupe, yo le llevo para otro lado ahora mismito –y Gerardo lo traslada a la silla de ruedas– ahora nos vamos a dar una vuelta, ¿te parece?
- ¿Y María?
- María está descansando, ahora volvemos.

Bueno, a ver si así nos movemos de verdad. Pero... Espera, un momento. ¿No estábamos en...? No, no. Esta calle no pertenece al pueblo, estamos en otro sitio. ¿Pero en qué sitio? Todo esto es tan familiar... Ah, sí, claro, yo creo que estamos en Jerez. No puede ser, ¿de repente? No tiene sentido. Me están engañando o de verdad me estoy volviendo loco. Sin embargo, aquel edificio lo reconozco. ¡No me digas! ¡Si es la estación! Donde he pasado más de treinta años... ¡Estamos en Jerez! ¿Cómo he podido estar tan confundido? Siento un gran dolor dentro, son tantas cosas... Todo es tan extraño últimamente. No sé cómo solucionar este problema, nadie me dice nada. Aire fresco, esto es lo que necesito, aunque tampoco quiero pasar mucho tiempo en la calle, tengo frío. Si pudiera decirle a María que ahora mismo sé que estamos aquí, pero no. Me tomarían como un loco, eso tampoco. Es lo último que quiero.

¡Qué bonita es la estación! Aún me acuerdo de los días que pasamos felices allí arriba. Una vida entera, completada. Así es como me siento.

- Gerardo, quiero ir a casa.
- Sí, por supuesto, Antonio. Vámonos a casa.

## Capítulo 5. Conversaciones con el abuelo.

- ¿Tampoco debatíais políticamente entre amigos?
- No, nada de nada. Por regla general, a nuestra generación no les interesaba que les dieran charlas políticas, de que fulano es muy malo, de que fulano es muy bueno, entonces no había que votar a nadie, ¿para qué íbamos a hablar?
- ¿Cómo entraste en la Renfe?
- Entré porque mi padre era ferroviario. Yo empecé en ese mundo por la *mili*, el Servicio Militar, vamos. Los cuatro primeros años de la Renfe estuve de uniforme.
- Antes la *mili* eran dos años obligatorios, ¿por qué estuviste cuatro?
- Cuando me metí en el Servicio Militar, yo ya estaba trabajando en Renfe, entramos como voluntarios en ingenieros, porque así acelerábamos el proceso para escalar dentro de la Renfe. Cuando acabé la *mili*, yo ya era factor de circulación, es decir, lo que luego se llamó subjefe de estación. Más tarde

ascendí a jefe de estación y, por último, a inspector, de lo que me jubilé precisamente.

- Abuelo, yo sé que te gusta mucho la medicina, ¿no te lo planteaste?
- No, al final la vida me llevó por otros cauces, entonces era otra vida y otro momento.
- Claro.
- Ya luego me di cuenta con los años que fue una pena no estudiar, pero ya era tarde. ¿Tú por qué crees que tus tíos y tu madre tienen una carrera? Porque los eduqué para eso desde que eran pequeños. La única que no tiene carrera en la familia directa es tu abuela.
- Pero la abuela no tuvo oportunidad.
- La abuela no tuvo oportunidad de nada, ni de carrera ni de nada.
- Hombre, la abuela aprendió peluquería y montó la suya propia, ya es bastante para los tiempos aquellos.
- Sí, y llegó a ganar mucho dinero. Luego ya nos casamos y la tuvo que dejar.
- ¿Cómo conociste a la abuela?
- Me destinaron a Calañás, me mandaron a mí para que solucionara un problema. Estuve un año por el pueblo y ahí la conocí. Yo paraba en la casa de Inés Polique, una casa particular que estaba al lado del convento. Ella tenía una habitación libre y la ocupé yo, le pagaba el alojamiento y la comida.
- ¿Tenías muchos amigos?
- Montones. Cuando llegué, no conocía a nadie, pero con el roce empiezas a hacer mucha vida.
- ¿Y cómo se entablaba conversación?
- Las cosas eran distintas. Lo importante era jugar al dominó y beberse una cerveza o una copita de aguardiente.
- Cuándo la abuela y tú os conocisteis, ¿hablabais de muchas cosas?
- Qué va, hombre. Con veinte años de qué vas a hablar.

## Capítulo 6. Despierta, que es tarde, Antonio.

*En aquel salón, la luz del verano entraba sin miedo. Las butacas estaban vacías y la mesa limpia, Antonio arriba vistiéndose y María quitándose los rulos en el patio. Antonio, con su camiseta interior blanca y unos calzoncillos del mismo color, cogió sus*

*pantalones marrones de verano y su camisa blanca. Se miró al espejo, se tocó las manos y se acarició la cabeza. Fuera los niños gritaban, corrían, seguramente iban hacia El Real. ¡Antonio!... Llamaba una voz desde abajo. Así, se terminó de poner la ropa y bajó las escaleras. María, con su espejito redondo y pequeño sobre la mesa del patio trasero, se peinaba mientras le hablaba a través del cristal.*

- *Antonio, esta mañana se me ha olvidado comprar algunas cosas, mañana vas a tener que ir temprano por la mañana mientras limpio todo, que Pepa y Paco van a llegar a la hora de comer. Apúntalo antes de que se me olvide.*
- *De acuerdo, dime qué hace falta.*
- *Cebolla, unas palmeras para merendar, gel, champú y pasta de dientes.*
- *Aquí está todo, mañana iré. Date prisa, niña, que nos esperan.*
- *Sí, termino ya.*

*María tenía una fuerza que movía molinos. No podía parar, giraba y giraba la energía que le fluía por la sangre; respiraba, comía, hablaba, cuidaba, mantenía todo en orden y creaba: cosía, pintaba y escribía. La musculación sana y la cabeza bien puesta. No faltaba detalle. Subía y bajaba, María para lo que hiciera falta, allí estaba.*

- *Mujer, que no paras de dar vueltas, ¡quieres hacer el favor de vestirme ya!*
- *Sí, ya voy, ya termino.*

*Pero entonces, la luz fue desapareciendo de aquel escenario...*

Qué cansado estoy. Pero, ¿dónde estamos? Si yo estaba sentado en el sillón de la casa del pueblo y... ¿María está durmiendo? Pero si nos estaban esperando, no sé qué hacemos aquí. Esta no es mi casa, que nadie me engañe. Esperaré a que alguien me lleve, a que alguien me entienda y me explique qué está pasando.

## **Capítulo 7. Conversaciones con la abuela**

- Sesenta y dos años llevamos juntos tu abuelo y yo, ni más ni menos.
- Mucho tiempo.
- Sí, la vida pasa, eso es así. No podemos hacer nada, ¿entiendes?
- Has hecho muchas cosas, abuela.
- Hombre, claro. Me acuerdo de cuando me fui a Huelva a estudiar peluquería. Entonces la gente no estudiaba como ahora, antes era bien diferente.

- ¿Te fuiste a Huelva a aprender un año?
- No me acuerdo, hija, las cosas se van olvidando. Creo que sí, un año más o menos.
- Y después fue cuando montaste la peluquería, ¿no?
- Sí, eso es.
- ¿Cuántos años tenías?
- No me acuerdo, hija, de verdad.
- ¿Con diecinueve años?
- Creo que sí, más o menos. Lo que me acuerdo es que me llevé a toda la clientela del pueblo, porque, claro, la que había en Calañas era una peluquera muy antigua. Y yo empecé a peinar de forma diferente, peinados modernos para la época, la peluquería siempre estaba llena.
- Y no pudiste seguir, ¿no?
- Claro, cuando me casé ya le pasé el negocio a la tita Anita, las cosas. Pero me iba muy bien.
- ¿Después de casada no quisiste intentarlo de nuevo?
- ¡Es que entonces era distinto! Ya las cosas se complicaron y ya no fue posible.
- Os conocisteis el abuelo y tú en una estación, ¿fue así?
- En la estación de Huelva. Él me vio subirme al tren y se enamoró de mí. Así fue.
- ¿Te dijo algo en ese momento?
- Qué va, él me vio y luego preguntó por ahí por mí, hasta que supo quién era yo y dónde vivía.
- ¿Cómo consiguió hablar contigo?
- Me acompañaba a mi casa cuando me veía por ahí, aprovechaba las oportunidades.
- ¿No te diste más besos con otros hombres, abuela?
- Nada menos que eso, pues claro que no. Sin ser un novio formal, eso no estaba bien hacerlo. Otros tiempos, Celia, otros tiempos. Incluso me acuerdo de una vez que dando un paseo, el abuelo me tendió la mano para ayudarme a subir un escalón y le metí un manotazo. Y era lo normal.
- Supongo.
- Mira, recuerdo que llegó la feria. Yo tenía el pelo muy largo, pero me lo corté aquel verano muy cortito. En aquel mes se murió un tío mío y mi madre no quería que fuéramos a la feria, antes los lutos eran así, pero mi padre se enfadó

con mi madre, decía que éramos muy jóvenes y que teníamos que ir a divertirnos. Y fuimos, claro, pero el abuelo no me encontraba porque no me reconocía con el nuevo pelado, hasta que por fin nos vimos.

- ¿Os besasteis en la feria?
- ¡Qué no, hombre, qué no! ¡Pero qué besar ni besar ni leches!
- No te enfades, abuela.
- ¡Sí, me enfado! Porque antes no eran las cosas así y ya está. Mira, si yo hubiera vivido en esta época, seguramente haría las mismas cosas que tú, pero la mujer de antes no es la mujer de hoy.

## Capítulo 8. Llegan todos.

Ahí vienen. Ahí están todos, ¡qué bien! ¡Una comida familiar! Esta no será mi casa, pero me alegro tanto de que estén aquí. Y María, esta mujer... Si yo lo que quiero es que esté a mi lado, no se entera. Es la referencia, el pilar... ¡Bah! No me voy a poner ahora melancólico. Que no se me note, que llegan todos. No quiero que piensen que estoy de ninguna forma, ¡eso ni hablar! Me quiero levantar... No puedo. Esperaré a mañana.

Mañana seguro que camino, aunque sea en sueños, en mis sueños reales. En las rutas de mis experiencias, donde siguen todos vivos, donde mis memorias cada día se rejuvenecen, donde nadie puede arrebatarme nada, ni la vida ni nadie.

Todo lo que soy está aquí, intangible, intacto.

Fin